

Los Cuatro Creamos Algunos Recuerdos

—Eh, eh, ¿a qué jugamos?

—¡A cocinar!

—¡Quiero hacer curry!

Antes de que termine la pregunta, las gemelas—Hana, la hermana, y Sora, el hermano—ya han respondido. Siento que me están informando de que ya conocen todas las cosas divertidas del mundo y que vamos a ir una por una. Estamos en la casa de Rumi, en la esquina de una vieja galería comercial, en el segundo piso, en la habitación de los niños. Rumi se está preparando para abrir el bar de abajo.

Las gemelas colocan verduras de plástico sobre una mesa con movimientos expertos y agarran sus cuchillos de juguete.

—Preparadas, listas... ¡ya! —dice Hana.

¡Pam-pam-pam! Empiezan a cortar las verduras de plástico con un entusiasmo sorprendente. Las verduras de plástico están unidas por velcro, y con cada corte, los trozos salen volando hacia mi cara. Levanto las manos para protegerme.

—¡El curry está listo! —dice Sora.

—¡A comer! —gritan los dos, y muerden las verduras de plástico al unísono.

—¡No, no, no! —digo, intentando frenéticamente que no se coman el plástico de verdad.

—¡Ahora este! —anuncia Hana, aparentemente declarando que el juego de las verduras ha terminado, y me entrega una caja de pañuelos.

—¿Eh?

—Gana quien saque antes todos los pañuelos. Preparados, listos...

—¡Ya!

Las gemelas empiezan a sacar pañuelos de sus cajas, y la habitación se llena de confeti blanco como si explotaran enormes petardos de fiesta.

—¡No, parad! —grito frenética.



Mientras corro recogiendo los pañuelos sin usar y doblándolos para volver a meterlos en las cajas, Hana me da una palmada en la espalda.

—¡Eres el monte Fuji!

—¿Eh?

Me arrastran al centro de la habitación.

—Preparados... —dice Sora.

Tengo un mal presentimiento.

—¡Ya!

Los dos se lanzan sobre mí e intentan escalarme como si fuera una montaña. Hana usa mi rodilla como apoyo mientras Sora me agarra del hombro derecho. Hana le supera poniendo el pie en mi hombro izquierdo. Al mismo tiempo, ambos me agarran la cabeza.

¡Ay!

Me mantengo firme, intentando no caerme mientras conquistan mis hombros. Estoy jadeando, con manos y pies apoyados en el suelo, mientras las gemelas corren a mi alrededor como una máquina de movimiento perpetuo y gritan:

—¡Espera, espera!

Creo que no valgo para esto..., murmuro. Uno de ellos salta de mi espalda mientras el otro le persigue, saltando detrás. Gimo.

—Supongo que no me queda otra —dice una voz sobre mi cabeza.

Miro sorprendida y veo que la bolsa de deporte, que había dejado sobre el escritorio, se está moviendo. Un segundo después, la sillita infantil salta al suelo.

—¡!

Las gemelas se quedan congeladas. Miran boquiabiertas la silla, que se ha puesto derecha.

—Oye, ¿qué haces...? —Estoy tan sorprendida que ni siquiera puedo decir: “Souta, ¿qué crees que haces?”

Mientras observo, avanza tranquilamente.

—M-mirad, niños, ¿a que es genial? Es un juguete muy especial —digo desesperada.

Souta se detiene delante de Hana, dobla la rodilla como un caballo blanco de cuento y ladea el asiento hacia ella. Hana se



sube como si no pudiera evitarlo. Él levanta una pata como si relinchara y empieza a trotar con Hana sentada. Un segundo después, las gemelas estallan en carcajadas.

—¡Eh, ahora yo! —dice Sora, persiguiendo a su hermana.

La sillita les da paseos por turnos, tac-tac-tac, por la habitación. Ríen y chillan como si fuera lo más divertido del mundo. Me pregunto... ¿le gustarán los niños a Souta? Mientras observo su movimiento rítmico, yo también me emociono.

—¿Puedo ser la siguiente, Souta?

—¡Ni hablar!

—¡Ha hablado! —Uy.

Nos quedamos en silencio. Hana se aparta de la silla con miedo. Mierda. Intento pensar rápidamente en una explicación.

—Eh, eh, ¡es increíble, ¿verdad?! Es una silla-robot con la última tecnología de IA...

Hay límites a lo que incluso una niña de cuatro años puede creer. Mi voz se apaga. Y entonces...

—¿Cómo se llama? —pregunta Hana, con los ojos brillando.

—¿Nombre? Eh... Souta...

—¡Souta! ¡Guay!

Las gemelas se ponen a cuatro patas y se acercan a la silla como si supieran todo sobre IA.

—Souta, ¿qué tiempo hará mañana? —Souta, ¡pon música! —Souta, ¡juguemos a las palabras! —Souta, ¿cómo están las acciones?

Compiten por hacerle preguntas como si fuera Siri.

—Eh, ¡Souta no es tan listo! —me apresuro a decirles.

—¿Qué has dicho, Suzume? —Souta gira hacia mí.

—¡Ha hablado otra vez! —gritan las gemelas.

Fuera, ya es de noche.

Años después, cuando estos niños sean mayores..., pienso, ¿cómo recordarán este día? Cuando tengan mi edad, ¿lo verán como una fantasía infantil? ¿Como un fenómeno misterioso que no pueden explicar? ¿Un día, sus recuerdos de infancia se desvanecerán en un sueño borroso? Sea como sea, espero que recuerden esto como el día en que jugaron con dos nuevos amigos.





Más tarde me entero de que, mientras cuido de las gemelas, Tamaki decide seguirme hasta Kobe (y finalmente hasta Tokio).

—¿Se ha escapado? —murmura Minoru. Está conduciendo a los dos de vuelta a la oficina de la cooperativa pesquera después de visitar las casas de los pescadores asociados. Mira a Tamaki. Ella lleva dos días decaída.

—Recuerdo cuando yo era un crío como ella —dice, intentando sonar alentador—. Ya sabes cómo son los adolescentes, siempre sintiéndose atrapados en casa, en su pequeño pueblo. Así que...

—No te compares con ella —le corta Tamaki, fría.

—Ah, claro... —responde él, bajando la voz y con la sonrisa aún pegada a la cara con su barba de las cinco. El pobre aún no sabe cómo hablar con Tamaki. Es difícil saber qué la va a molestar, especialmente cuando se trata de su relación conmigo. Suspira con fuerza. Todavía no ha recibido el “mensaje leído” en el LINE que le envió.

En voz demasiado alta para hablar consigo mismo pero demasiado brusca para quejarse a un compañero, dice:

—Le he preguntado cien veces, pero no me da una respuesta clara sobre a dónde piensa ir o qué le pasa... Ni siquiera me dice dónde se va a quedar esta noche.

—¿Has probado a rastrear el GPS de su móvil?

—¿Eh?

—Ya sabes, esas apps que instalan las parejas jóvenes para saber siempre dónde está el otro.

—No tengo nada de eso.

—Entonces... —dice, pensativo. Todos menos Tamaki saben lo que siente por ella—. ¿Podrías mirar su cuenta bancaria? Debería salir lo que ha comprado con el móvil... Los críos compran todo con el móvil hoy en día, ¿no?

Minoru aparca junto al puerto, pone el freno de mano y se gira hacia Tamaki, que está absorta haciendo algo en su móvil.

—...¿Has averiguado algo?



—Está en Kobe —dice Tamaki, mirando la luz blanca de la pantalla.

Los detalles de lo que he gastado en los últimos tres días están todos ahí. El billete del ferry, el pan de la máquina expendedora, los billetes de varias estaciones de Ehime, la hamburguesa en Kobe... Gracias a un comentario innecesario de Minoru, el secreto ha salido a la luz.

—¡Kobe! Eso está bastante lejos...

—No puedo dejar que vaya más lejos sola —susurra Tamaki, decidida.

Minoru contempla su hermoso rostro iluminado por las farolas azuladas del muelle y dice, como si le declarara su amor (aunque no tiene ninguna posibilidad):

—Eh, Tamaki. Si puedo hacer algo, lo que sea...

—Minoru.

—¡Sí!

—Voy a cogerme unos días libres a partir de mañana. Sé que estás ocupado, pero ¿puedes cubrirme unos días?

—Vale... Entonces yo también me cojo unos días...

—¿Qué dices? —por fin levanta la vista del móvil para fulminarle con la mirada—. Tú me cubres. Tienes que ir a trabajar.

—Ah, claro... —responde él, abatido.

Desde mi perspectiva, en este punto Minoru es solo un tipo aburrido que da vueltas y me estorba. (Luego dice que le dio un escalofrío que una mujer tan guapa le mirara así. Y encima parece contento, lo cual es bastante raro, si me preguntas.) Pero su punto a favor es que siempre quiere que Tamaki sea feliz, y por eso le tengo cariño.



“Suzume, can you come down here?” Rumi shouts, and I head downstairs. She’s waiting in the little kitchen behind her shop. She has on a bright-red dress, and her hair is curled and pinned up to reveal the nape of her neck. Her white skin is tinted subtly with blush, her eyelashes are curled, and her lips are liberally coated



with brilliant gloss. —Suzume, ¿puedes bajar? —grita Rumi, y bajo las escaleras.

Ella me espera en la pequeña cocina detrás de su tienda. Lleva un vestido rojo brillante, el pelo rizado y recogido dejando al descubierto la nuca. Su piel blanca tiene un leve rubor, las pestañas están rizadas y los labios cubiertos generosamente de un brillo intenso.

—¡Estás guapísima! —digo, boquiabierta.

—Apuesto a que casi no me reconoces —ríe.

—¿Las peques están bien? —pregunta, señalando arriba.

—Las he cansado jugando y ahora están fritas.

Estaban roncando cuando las dejé, cada una agarrada a un lado de Souta.

—Genial, entonces quizá puedas ayudarme aquí abajo. No suele llenarse tanto.

Suspira antes de pasar la cortina hacia la tienda. Yo la sigo a toda prisa.

—¡Guau!

El local tiene unos treinta metros cuadrados y está a rebosar. Un grupo de hombres mayores charla en la barra mientras un tipo colorado, con la corbata floja, canta a pleno pulmón con unos amigos en un reservado. Una bola de discoteca en el techo lanza destellos de colores por toda la sala.



Es la primera vez que veo un karaoke bar en mi vida. Y Rumi es la dueña y encargada de este local en la esquina de la galería comercial.

—¿Esta es la nueva ayudante, Rumi?

—¡Sí!

—¡No me lo creo!

Rumi corre hacia un cliente, dejando sola tras la barra a una mujer más joven de pelo largo y negro. Me mira con inquietud. Claramente no llevo maquillaje y sigo con las culottes y la chaqueta vaquera descolorida que me dio Chika. Una adolescente cualquiera, versión fin de semana.

—...Puedes quedarte aquí detrás —dice.

—...Vale.

A pesar de su amabilidad, me siento abrumada con todo lo que tengo que hacer. Nunca he trabajado antes. Rumi, la mujer de pelo largo y yo somos las únicas empleadas sirviendo a la sala llena de clientes que no paran de cambiar. Lavo vasos y platos frenéticamente, que se acaban enseguida, y apilo desesperada cubos de atún seco y tiras de calamar para el picoteo. Casi me quemo con las toallas calientes al sacarlas de la máquina y casi me echo a llorar cuando la mujer de pelo largo me pide copas de vino y no sé cuáles son. Los viajes entre la barra y la trastienda, a tres metros, parecen infinitos. Me siento como si me hubieran metido en una lavadora a dar vueltas hasta el fin de los tiempos.

Mientras tanto, los clientes cantan canciones sin parar, y no reconozco ni una. Creo que son todas canciones pop de otra época, pero me sorprenden frases sobre miradas láser que se cruzan en el cielo nocturno para dibujar imágenes de amor (¿qué



clase de romance es ese?) y me desconcierta la historia de un hombre que quiere dejar su aburrido pueblo para criar vacas en Tokio (¿qué significa eso?). Cuando oigo una letra que dice “Bebí demasiado. Y fue todo culpa tuya”, no puedo evitar pensar que el cantante debería asumir un poco más de responsabilidad por sus decisiones.

No tengo ni idea de qué va el karaoke, pero puedo ver que la gente que canta a pleno pulmón en el local de Rumi se lo está pasando en grande.

—¿Qué hace una niña como tú aquí?

Estoy doblando toallas eficientemente al fondo de la barra cuando una mujer de mediana edad con blusa de leopardo empieza a hablarme.

—¿Te tomas algo con tu tía? —sugiere.

—No, mejor canta un dúo conmigo —interviene el hombre calvo sentado a su lado.

—Persiguiendo colegialas como siempre —le suelta la mujer.

—Ten piedad —dice él con una risa maliciosa.

Parecen una pareja cómica de matrimonio. Mientras intento pensar cómo salir de esa situación, la mujer de pelo largo vuelve a la barra con una copa en cada mano.

—¡Pues muchas gracias, me encantaría tomar algo! —dice, chocando las copas.

—Eres tan insistente, Miki... ¿cómo voy a decir que no? —gruñe el hombre.



—Supongo que tú me vales —suspira la mujer.

—¿Que te valgo? ¿Eso qué significa? ¡Me quedo la botella para mí!

Miki, la única empleada de Rumi, sonrío y me guiña un ojo. Tardo unos segundos en darme cuenta de que me acaba de salvar. Empiezo a entender las reglas laxas de este mundo adulto. Se emborrachan, cantan, gritan y se desahogan; fingen ser despreocupados. Pero en realidad, se cuidan unos a otros. Creo que me gusta este sitio.

—¡Señor Daijin, qué generoso es usted!

De repente, estalla un aplauso en el reservado del fondo.

—¡Rondas para todos!

Un coro de hombres y mujeres grita alegremente. Miro y no puedo creer lo que veo.



—¡Qué tipo tan atento! —¡Lo supe en cuanto le vi!

Sentado tranquilamente en medio del alboroto está nada menos que Daijin.

—¿No quiere tomar algo usted mismo, señor Daijin? —¡Su empresa debe ir muy bien!

Todos hablan con el gatito blanco.

—Debo de estar viendo cosas —murmuro.

Me acerco a Miki, que está sentada en la barra.

—Eh, perdona, allí... —le susurro al oído, refiriéndome al gato.

Ella mira hacia donde señalo.

—Ah, ese caballero es nuevo.

—¿Caballero? —repito.

Miki sonríe.

—Es un poco callado, pero los habituales le han cogido cariño. Parece adinerado, pero también tiene clase...

—Eh, eh... ¿no te parece que se parece a... un gato?

El gatito blanco está sentado en medio del reservado, con una pata levantada, lamiéndose exactamente como un gato.

—¿Un gato? ¿Tú crees? —dice Miki, sonrojándose un poco, como si estuviera cautivada por el apuesto desconocido—. Yo lo veo refinado. Todo un partido, incluso.

¿Refinado? ¿Un gato lamiéndose ahí mismo?

—¡Ah!

Daijin levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. Por un segundo, ambos nos quedamos congelados. Entonces la puerta se abre con un tintineo y Daijin salta. Mientras Rumi da la bienvenida melódicamente a un nuevo cliente, el gato blanco se escabulle.

—¡Perdón, tengo que irme! —grito.

—¿Suzume, qué pasa?

Salgo corriendo tras Daijin, gritando “¡Perdón!” mientras me voy. Me planto delante de la fachada del bar y miro alrededor de la galería oscura. Una figura blanca trota con paso firme hacia las sombras de un callejón.



—¡Souta! —grito hacia el segundo piso de la tienda—. ¡Es Daijin!

La cara de Souta aparece en la ventana de la habitación de los niños. Sin esperarle, corro por el callejón tras Daijin. La galería cubierta, con sus farolas fundidas, parece un país extranjero. De repente, tengo la impresión de estar corriendo por un sueño desconocido. La pequeña figura blanca aparece y desaparece en cada esquina. Finalmente, dejo atrás la galería cubierta y salgo a una calle ancha bajo el cielo nocturno.

—¿¡Qué haces aquí!?

Enfrente mío, a solo unos metros, Daijin está sentado en el asfalto, lamiéndose el pelaje. Le miro desde lejos, sin saber qué pretende el gatito. Da vueltas sobre sí mismo, como si quisiera que me acercara. Entonces se tumba boca arriba, como si quisiera que le acariciara. Luego se pone panza abajo, muy cómodo, y levanta una pata hacia el cielo.

—¡Mira! —dice.

—¿El qué?

Miro hacia arriba. Ya lo sabía, me dice el corazón. Ese olor dulce y podrido. La desagradable sensación que sube por las plantas de los pies, como si algo hubiera empezado a moverse bajo tierra de repente.

—¡El gusano...!

Más allá de las casas de tejados bajos, en una ladera que no parece muy lejana, un gusano negro rojizo empieza a elevarse. Contra el cielo nocturno, brilla aún más ominosamente que la última vez.

Oigo el golpeteo de madera contra asfalto.

—¡Daijin! —grita Souta, corriendo hacia nosotros. Parece un perro corriendo a toda velocidad.

Daijin sale disparado hacia el gusano.

—¡Suzume, tenemos que irnos!

—¡Lo sé!

Me pongo en marcha antes de que Souta termine la frase.

